

talentos, y, como se usa hoy, por su incredulidad. Así es como al menor mal se disponen para morir los mas determinados de nuestros incrédulos. ¡Oh! ¡qué interesantes anécdotas pudiera yo citar sobre esto si no fueran tan ridículas!

PÁG. 54.

[2] *Todo lo arriesgo; no importa.* He visto, dice el Abate Choisy, sí, he visto morir à un hombre con estos horribles pensamientos: „Confieso, decía, que no se lo que sucederá; jamás he dudado, y dudo ahora; estoy en errores que jamás he previsto. Pero pedid perdon á Dios, le decian; acaso todavía es tiempo para vos. No, contestaba, no, no me perdonará, hace treinta años que lo desprecio.” (Pensamientos cristianos, por el Abate Choisy uno de los cuarenta de la academia francesa).

Se ha visto un acontecimiento todavía mas extraño, y cuyos testigos existen. Un hombre, que toda su vida habia hecho profesion de no creer nada, y que en artículo de muerte, acababa de rehusar todos los socorros de la religion, rodeado de su familia llorando, preguntó en alta voz, ¿qué hora es?—Las diez, le dijeron. Una hora despues, hizo la misma pregunta; á la hora siguiente la repitió, y le respondieron: *es media noche.*—Pues he aquí, exclamó con una vos que enfrió de terror à todos los asistentes, *he aquí la hora y momento en que vá á empezar mi desgraciada eternidad!* Al acabar estas palabras, se volteó y espiró. . . .

PÁG. 55.

[3] *Sus criados no pudieron verlo sin apartar la vista y sin estremecerse.* Mr. de. . . no pudo soportar en otro tiempo un espectáculo semejante en uno de sus amigos, á quien habia pervertido la lectura de sus escritos. Llegó al momento en que este amigo acababa de espirar. „Miserable, le dijo el antiguo cura de S. S., recorriendo las cortinas que se habian corrido sobre este desgraciado, ven á contemplar tu obra, mira el estado en que ha muerto.” Mr. de. . . herido, consternado, se puso de rodillas, hizo una especie de retractacion, y mui pronto despues olvidó su terror y su arrepentimiento.

CARTA QUINCAGESIMA.

EL MARQUEZ Á SU HIJO.

¿Qué te diré, amado hijo mio? ¿y qué respon-

deré á los tristes pormenores que tu carta contiene? La muerte de Lausane, el estado de Emilia, tu fortuna derribada, amenazada quizas tu vida por una familia acreditada, que solo respira venganza, tu conciencia devorada de remordimientos; ¡qué frutos de un año de delirio, de un momento de furor! ¿Y qué remedio para tanto mal? El mismo que los hubiera evitado, Valmont. . . . La religion. Lausane, al hacértela perder, ¿habia previsto lo que algun dia le habia de costar á él mismo? Yo admiro como, teniendo igual ó mas talento que él, pero ménos experiencia y conocimiento de los hombres, te dejabas llevar de ceguedad en ceguedad al capricho de aquel falso amigo. ¡Ah! La sencillez de una alma recta, es todavía mas fácilmente el juguete de picardias y de traiciones, que no sabe ni aun sospechar; tu corazon felizmente no estaba todavía depravado, en vez de que Lausane se habia vuelto malvado por gusto, por hábito y por reflexion. Así, ¡qué discernimiento, hijo mio, se ha dignado hacer el justo juez entre los dos! Lausane, herido por la mano misma de quien habia seducido, muere rabioso y desesperado: tú vives, querido Valmont, para aprovecharte de su muerte en la virtud y el arrepentimiento. ¡Justicia, misericordia de mi Dios, yo os adoro hasta en los males que nos habeis enviado!

¡Ó hijo mio! déjame olvidar al Baron y su espectáculo de horror, para pensar solo en tí y en Emilia. ¡Emilia! ¡qué lecciones nos has dado! qué atractivos retratas de la religion y de la virtud! ¡y cuanto mas penetrante y persuasivo es el cuadro del justo en lucha con la muerte, que la imagen de su vida! Mientras que el impio en sus momentos últimos no tiene mas recurso que la idea de la nada, la desea y la llama sin atreverse á esperarla, se ve como suspenso entre aquella nada insegura y un porvenir terrible, si la nada no es mas que una quimera: mientras que mide con ojo mal seguro el término de su carrera, mientras que trémulo tantea el horroroso destino que lo aguarda,

y se hunde como desesperado en el abismo que se le abre, el alma justa y fiel, entónces no siente sino el fin de sus combates y penas, solo aspira á reunirse á la Divinidad, y en el eterno porvenir solo entreve la perspectiva de las recompensas y de la felicidad. ¡Oh! ¿Quién es el verdadero cristiano que en este momento se arrepiente de haberlo sido?

¡Qué insensato es, amado Valmont, aquel que prefiere á las esperanzas que nos dá la religion, y á las ventajas mismas que nos procura en la tierra, los placeres momentáneos, el estúpido sueño, las inquietantes pesadillas y el fúnebre despertar de la incredulidad! No vaciles pues en deponer tus dudas, en fijar tu eleccion, y que la santidad, la excelencia de la religion cristiana, último carácter que me falta describirte, de concierto con todos los demas, triunfe para siempre de tu espíritu y de tu corazon. ¡Qué bella es, cuan santa, aquella religion tan digna del Dios que nos la dá, y tan útil al hombre que la recibe! ¡qué bella es en las ideas que nos ofrece de la divinidad y en el culto que le rinde! ¡Qué santidad, que excelencia entraña en las reglas, en los motivos, en los alicientes, en los auxilios que ofrece al hombre para la virtud; en lo que hace justamente para su perfeccion y para su felicidad!

Dejemos á los pueblos, á los filósofos, á los sábios, extraviarse por las mas locas opiniones [a]

[a] „Efectivamente, dice Rousseau, sería un detalle que despedazaría la filosofía, el exponer las máximas perniciosas y los dogmas impíos de sus diversas sectas.... ¡Y qué dirémos de la distincion de ambas doctrinas, tan áyudamente recibida de todos los filósofos, y por la que profesaban secretamente opiniones contrarias á las que enseñaban en público?..... La historia de esta fatal doctrina compuesta por un hombre instruido y sincero, sería un golpe terrible para la filosofía antigua y moderna. Pero la filosofía insultará siempre á la razon, á la verdad y al tiempo mismo, porque se deriva del orgullo hu-

y los mas monstruosos sistemas sobre el autor de la naturaleza. Dejémos á la imbecil incredulidad trastornar en quienes la siguen todas las nociones del sentido comun; substituir á las mas puras luces de la razon los delirios de una imaginacion locamente exaltada; atribuir á la casualidad, á la necesidad, á un concurso fortuito de elementos materiales, las obras mas regulares; contrariar á cada momento el universo y nuestro propio corazon; ponderarnos las combinaciones, las fuerzas, la energía de la naturaleza, sin poder definirla; hacer que revivan en favor del materialismo todas las cualidades ocultas de la antigua filosofía; aniquilar toda idea de orden y de inteligencia, mas bien que reconocer un Dios. Dejádla, mas tímida algunas veces y mas circunspecta, imaginar un Ser Supremo, espectador ocioso de las revoluciones del mundo que ha formado; gozando de sí mismo en tranquila indolencia, sin que le interesen las obras de sus manos; abandonando al capricho de la suerte las riendas del universo; sordo á nuestros votos; indiferente á nuestro culto y á nuestros homenajes; insensible al bien como al mal, al vicio como á la virtud: pues que tal es el ídolo de la incredulidad, cuando le place formarse uno.

Mas nosotros, hijo mio, consultémos la religion para formarnos una idea justa del Ser Supremo. *El es* [a].... Y de su existencia necesaria dimanar á nuestros ojos todos sus otros atributos. Eterno, precedió á todos los tiempos, á todos los seres, y en su duracion sencilla y constante los contiene todos. Inmenso, da límites á todo y no tiene ninguno. Independiente, nada lo sujeta, nada lo reprime; da

mano, mas fuerte que todas estas cosas.”

Por estos tan funestos extravios el Apóstol San Pablo nos dice: „cuidad que nadie os sorprenda con una falsa y vana filosofía, segun las tradiciones de los hombres, segun los elementos de una ciencia mundana, y no segun Jesucristo.” (Colos. 2, 8.)

[a] Exodo III, 4.

leyes á todo lo que existe, y no las recibe mas que de sí mismo. Infinito, fuente única de todo bien, único bien digno de nuestros deseos, posee en el mas alto grado cuanto en materia de perfeccion se halla repartido y limitado en los seres que ha formado. Es la caridad por esencia [a]. Es el Dios Santo, infinitamente santo; y su amor al órden es invariable como su existencia. Es la soberana sabiduría, y la posee desde toda la eternidad [b]; con ella reguló antes de todos los tiempos cuanto existe por su poder. Único autor de todo lo que respira, sus cuidados se extienden á las mas pequeñas partes de sus obras, como á las que mas admiramos; las gobierna, las dirige libremente y sin esfuerzo, con tanta bondad y facilidad como tuvo en crearlas. Bastándose él á sí mismo, halla en sí su felicidad; y para participarnos de ella nos previene que nos ama y nos convida á que le amemos. Si exige que le rindamos el tributo de nuestros homenajes, es tanto para nuestra propia utilidad, como para su gloria. Si quiere que desahogemos en él nuestro corazon, es para darle el consuelo, la paz, la fuerza y la esperanza. Si nos alienta, si nos exita á la virtud, es para imprimir en nuestra alma las marcas mas augustas de su divinidad, y para coronar en nosotros sus dones, coronando nuestros méritos. Tal es, hijo mio, el Dios de los cristianos: ¿Y qué derechos tiene á nuestros homenajes!

¿Mas qué homenaje nos enseña la religion á tributarle? El culto y la adoracion en espíritu y verdad; el homenaje de nuestro entendimiento por la sumision á los dogmas que nos ha revelado; el homenaje de nuestro corazon por el amor; el culto exterior que le deben las facultades del cuerpo que nos ha dado; el culto sensible y público que le debe la sociedad entera de que somos miembros; el

[a] Segun aquella bella palabra de San Juan: *Deus caritas est*: Dios es la caridad. (*San Juan IV, 8.*)

[b] Vease la descripcion admirable que se halla en el libro de los Proverbios cap. 8.º.

culto y el homenaje de todas las criaturas, que debemos hacer servir para honrarle.

De este modo, la religion cristiana consagra á Dios todo nuestro ser, y en él todo el universo: de este modo, ella lo hace ver en todas las cosas como principio y como fin, y nos enseña á referirlo todo á su gloria.

¿Doctrina pura y sublime, en que todo está animado, vivificado, consagrado por el amor! Doctrina propia del cristianismo; porque al cabo, ¿dónde se hallará en otra parte el precepto y la practica del amor divino? El naturalista de nuestros dias, formado desde su infancia por las lecciones y ejemplos que aprende en medio de nosotros, osará decir que ama á Dios; ¿pero asi habla en la sinceridad de su corazon? ¿está expresion de amor no es en su boca un gergon vacio de sentido? ¿dónde están de su parte los sentimientos, los homenajes, las tiernas efusiones, los gemidos inefables, y sobre todo la exacta fidelidad de un corazon amante? ¡Idólatra de toda belleza perecedera, ¿dónde están sus trasportes por aquella belleza sin tacha y sin sombra, que no perece? Tú mismo, querido Valmont, desde que reconoces un Ser Supremo, ¿qué homenajes le has tributado? ¿qué oraciones fervorosas has hecho subir hasta él? ¿qué tributo de alabanzas, de sumision y de amor le has pagado? Pregunta á todos los incrédulos de buena fe, y que te digan si han sido mas obedientes y celosos para con la divinidad, mas reconocidos y amorosos que tú.

La religion cristiana no se reduce á hacer honrar á Dios por su criatura, confiesa sin dificultad que el tributo de gloria que pueden rendirle todos los seres criados no es bastante á su grandeza; pero qué dignamente suple su insuficiencia! Aquí reaparecen su unidad constante, y la relacion de sus dogmas y misterios con su culto y su moral. El Verbo encarnado viene á unir á sus abatimientos nuestras adoraciones, nuestros votos, y nuestros homenajes, para presentarlos al Ser Supremo y hacerlos dignos de que le sean ofrecidos. En él se

engrandece el universo, se ennoblece y recibe un brillo, una magestad que no puede tener por sí mismo. En él, la creacion se torna en la obra maestra de la divinidad; es un todo de que el hombre forma parte; en él y por él se halla llena la distancia que media entre lo infinito y lo finito: las extremidades se aproximan y se tocan en un centro común: ya no es el hombre solo, tan distante de Dios por su naturaleza, quien lo glorifica á nombre de todos los seres criados; es el hombre, es el universo quien adora en Jesucristo. En él se ofrece todavía la mas noble víctima por el pecado, de la cual eran solo sombra y figura las de la ley antigua; por sus méritos puede ser expiado, reparado [1] todo crimen por grande que sea; el sacrificio mas augusto se ha perpetuado en la tierra, y la Cruz segun la expresion de San León, es el altar del mundo: el arrepentimiento del hombre, su santificacion tan incierta, tan equívoca en cualquier otro principio fuera de los del cristianismo, se apoya en méritos suficientes, en un fundamento sólido; y lo que causa el escándalo del judío y del infiel, viene á ser la obra de la sabiduría mas sublime del Altísimo, y el testimonio mas sensible de su bondad. ¡Oh hijo mio, que plan! ¡qué admirable economía la de la religion! ¡y qué gloria ofrece á la Divinidad! Empero su exelencia y su santidad aparecen igualmente en lo que hace para la perfeccion y para la felicidad del hombre.

Los vanos sistemas de la incredulidad hacen brillar la imaginacion, es verdad, pero á expensas de la razon. Hacen sacrificar la exactitud del espíritu á la singularidad, y las nociones mas verdaderas á la falsa gloria de no pensar como los demas hombres. Conmueven, degradan el sentimiento, resecan y despedazan el corazon, y lo concentran todo entero en la bajeza del yo humano. Desnaturalizan, envilecen la virtud; borran su carácter augusto, y sofocan su germen en nuestras almas, no dándole por medida y por base, mas que la sensibilidad física y el interés personal. Rompen los lazos de la so-

ciudad levantándose contra toda autoridad, destruyendo toda subordinacion, reduciéndolo todo á una igualdad quimérica. QUITAN al hombre toda su grandeza y lo abajan hasta la condicion de los brutos, le privan de todos los recursos y de todos los motivos que pueden traerlo al bien; despiertan todas sus pasiones; turban su reposo; lo dejan sin apoyo, sin consuelo en sus penas y sin esperanza en sus desgracias. ¡O pretendidos sábios, que os titulais nuestros mentores y nuestros maestros, sois los enemigos, los tiranos del género humano, muy lejos de ser sus bienhechores; y si uno de los caracteres de la verdad es el ser útil, no nos ofrecéis pues en vuestras raras y sublimes invenciones, mas que un conjunto de imposturas!

¡No es así con vuestra ley santa, ó Dios mio! ella no se parece á los ensueños del impío, ni son fábulas lo que ella nos cuenta [a]. Y ademas de esto, querido Valmont, ilustrando al hombre sobre lo que mas le importa saber, sobre su origen, su destino, su fin, sus deberes y sus esperanzas, la religion cristiana fija sus ideas, las hace claras y precisas, asegura la exactitud de sus miras, y sometiéndolo la razon por medio de la autoridad, infunde al espíritu toda la rectitud de que puede ser capaz; tal es la observacion importante y verdadera que ahora estas en estado de hacer. Un hombre extraviado por la impiedad puede tener espíritu brillante, y con tanta mas facilidad, cuanto que se permite todo y no respeta nada; puede tambien tener un génio vasto y profundo que abrace los conocimientos mas extensos, y se ejercite con buen éxito en las ciencias mas abstractas: pero casi siempre, sobre los objetos que mas le interesa comprender y ver bien, tiene un espíritu falso y extravagante, y un modo de pensar ambiguo é incierto. Conviértese á la fé del cristiano humilde y dócil,

[a] *Narraverunt mihi iniqui fabulationes, sed non ut lex tua.* Los impíos me contaron mentiras, pero no como tu ley. (Pro. salm. 118.)

sus ideas son mas exactas y mas claras, sus principios mas constantes: sus conocimientos se purifican, su razon se afirma; y aquel mismo que no era de ordinario mas que un espíritu peligroso y frívolo, se hace por la religion espíritu recto y veráz, y un hombre substancial [a].

¿Lo creerás Valmont? Cien veces observando esta clase numerosa de incrédulos, imitadores fútiles de algunos génius célebres, cuya manía tomaron por vanidad, osaba yo compararlos con nuestras buenas mugeres de pueblo, instruidas por su cura; y encontraba en estas mil veces mas nociones justas, mas verdaderos conocimientos en cosas útiles y necesarias, mas juicio y razon, que en todos esos bonitos decidores de *nadas*, infectados por el veneno de la incredulidad. Deverás, hijo mio, el catecismo del simple fiel le dá infinitamente mas verdadera sabiduría, que cuanta puede darle la filosofia moderna; ¡y qué triunfo para la religion!

Mas lo que todavía realza mas su excelencia, es su influencia sobre el corazon del hombre, por el carácter de benevolencia que nos ha hecho tomar, y por las virtudes que nos inspira. Y en efec-

[a] El prurito de pasar por bello espíritu, ha hecho de la irreligion el tono del dia y un lenguaje de moda. Y con todo, ¿qué cosa es este espíritu? Juguémoslo por la descripción sencilla que de él ha hecho d'Aguesseau. „Pensar poco, hablar de todo, no dudar de nada, habitar solo en lo exterior del alma, cultivar solo la superficie del espíritu; explicarse con donaire, tener un rasgo de imaginacion agradable; una conversacion ligera y delicada, y saber agradar sin hacerse estimar, haber nacido con el talento equivoco de una concepcion pronta, y creerse por esto superior á la reflexión, volar de objeto en objeto sin profundizar ninguno; cojer con rapidéz todas las flores, y no dar jamás á los frutos el tiempo de madurarse: tal es la débil pintura de lo que nuestro siglo ha querido honrar con el nombre de espíritu. (Discurso pronunciado al abrirse el parlamento de Paris, en 1704, por d'Aguesseau, entónces abogado general y después Canciller de Francia.)

to ¿qué hav mas divino que su moral! [2] ¿qué hay mas sublime que esta caridad de que es el alma! Amará los hombres como á sí mismo [a]; amarlos en Dios y por Dios sin excepcion, sin reserva; amar aún á nuestros enemigos; olvidar las injurias; perdonar las ofensas, vencer el mal con el bien; estar en la alegría con los que estan en ella; llorar con los que lloran; hacerse todo para todos, para ganarlos á todos en el amor del soberano bien; iluminar á los que estan en tinieblas; reprender en secreto y atraer dulcemente á los que se descarrían; no juzgar temerariamente para no ser nosotros juzgados; consolar á los afligidos; asistir hasta donde se pueda á los desgraciados; no considerarse al usar de los talentos y de las riquezas, sino como dispensador de los dones de Dios y economo de su providencia; cumplir con amor y por motivo de conciencia todos los deberes que nuestro estado nos impone; respetar á Dios en nuestros superiores, y su autoridad en los que ha establecido para gobernarnos; no buscar el propio interés, sino sacrificarlo al interés general [b]. He aquí hijo mio, lo que la religion nos prescribe para con los hombres, para con la sociedad entera, y lo que el cristiano que lo es deveras, realiza todos los

[a] Hubiera sido muy largo multiplicar aquí los textos y las citas. Fácil es advertir, que en todo lo que sigue, no hay una sola máxima, una sola palabra, que no sea la substancia y la expresion misma de los libros evangélicos.

[b] „Debe suceder en la religion, dice el célebre Bacon, como en la naturaleza. Todo los resortes deben de preferencia dirigirse *al bien comun*, pero no se ha hallado en siglo alguno, ni sistema de filosofia, ni secta de religion, ni cuerpo de jurisprudencia, ni cuerpo político, que halla exaltado tanto como la religion cristiana *el bien de todos*, y reducido á sus justos límites *el bien particular*: de donde resulta con evidencia, que un solo y mismo Dios es el autor de las leyes de la naturaleza y del cristianismo.”

dias con su conducta. Bueno, sensible, compasivo, afable, generoso, misericordioso y clemente, ciudadano celoso, súbdito fiel, amigo constante, esposo digno, buen padre, hijo tierno, sumiso y respetuoso, amo cuidadoso y vigilante, lleno de caridad para con todos, previene todas las necesidades, cumple todas las leyes, llena todos los deberes de la urbanidad, se presta á todos los deseos honestos, se dedica á todas las buenas obras, hace todas las especies de bien que estan á su alcance: ligado por su religion á todos los hombres, volará por ellos hasta las extremidades del mundo; y si es posible, cual nuevo apóstol, llevará la verdad, la justicia y la paz á todos los corazones [a]. Dadme en todos los estados, en toda sociedad, en toda especie de gobierno, ciudadanos animados por el espíritu del cristianismo: dadme un pueblo, un mundo de cristianos fieles; y la tierra será la mansion de la inocencia y de la felicidad.

La religion cristiana, querido Valmont, no es ménos digna de nuestra admiracion y de nuestros homenajes por las virtudes que nos inspira respecto á nosotros mismos. Al amor loco de sí mismo, contrapone la renuncia de nuestra voluntad propia, y un santo aborrecimiento de nuestras inclinaciones desarregladas. A nuestro orgullo, el conocimiento de nuestra miseria, de nuestra nada, y los sentimientos de una humildad profunda; á la codicia, el espíritu de abnegacion y el amor á la pobreza; á la molicie, la mortificacion y penitencia; á una inclinacion mui viva hácia los bienes sensibles, el deseo y la solitud de los bienes espirituales y celestes; á los desabrimientos de nuestro humor, la dulzura y la paciencia. Quie-

[a] No es el espíritu del cristianismo ni del apostolado el que llevó al Nuevo Mundo juntamente la religion y la guerra; antes bien, el llora los desastres de esta, disipa sus tinieblas, repara sus estragos en cuanto puede, y troca en bien las calamidades, que el interés y la ambicion le hicieron experimentar.

re que usemos de todos los bienes con accion de gracias, con moderacion y con prudencia; que seamos castos y limpios; que nos prohibamos hasta el pensamiento del mal; que evitémos hasta su sombra; que vigilémos sobre todos nuestros sentidos; que pongamos un freno á nuestra lengua; que jamás nos permitamos quejas y murmuraciones; que seamos resignados y tranquilos en el seno de los sufrimientos; que considerémos las adversidades y la cruz como un bien, y la muerte como el término de nuestra cautividad. ¡O bella filosofía la de la religion!

Con sentimientos tan nobles y tan puros, el cristiano vive feliz cuanto puede serlo en la tierra. [a] La paz del corazón y la unción del amor divino lo indemnizan de los placeres de que se priva. Si no tiene alegrías fogosas y frívolas, está recompensado con alegrías mas puras y mas constantes. Si se abstiene de infames deleites, se aleja para siempre de sus tristes consecuencias, de sus inquietudes y remordimientos. Si combate sus pasiones injustas y desarregladas, interiormente recoge el fruto de sus combates y el premio de su victoria. La senda señalada por nuestros falsos sábios para llegar á la felicidad, es á la verdad mas seductora: ceder á las inclinaciones, para no sufrir la pena que cuesta vencerlas; prometerse prudencia en el deleite; formarse del amor una virtud; parece por cierto cosa mas dulce á la naturaleza. Pero si esta senda es fácil, si es risueña su entrada, ¡qué funesta es su salida! ¡qué amargos son los frutos de semejante virtud! Ella cria la discordia y el odio, los delirios y los furoros de la embriaguez, la saciedad y el fastidio, el disgusto de la

[a] „Los preceptos que la religion contiene, dice d'Aguesseau, son la senda segura, para llegar al soberano bien que los filósofos han buscado tanto.” (*Obras de d'Aguesseau, tom. 1.º, instruccion 1.ª*) Véase adelante en la nota (4), estas bellas palabras de Montesquieu: *¡Cosa admirable! la religion cristiana, &c.*

vida, el deseo de la nada y todos los horrores de la desesperacion.

¡Oh hijo mio! ¡cuán diversa es en sí misma y en sus efectos, la moral del Evangelio y la sabiduría de su autor! Parémonos todavía un momento á considerarla bajo todas las relaciones. ¡Qué consecuencia y que hilacion en cuanto el Hijo de Dios nos enseña! y sin embargo, ¡qué novedad en sus máximas, y al mismo tiempo que sublimidad! Jesucristo quiere que seamos perfectos como nuestro padre celestial es perfecto, así comunica al hombre toda su grandeza, aproximándola á la divinidad de quien debe ser imágen. Este hombre Dios nos enseña que su reyno no es de este mundo; nos abre la mas noble carrera; nos constituye ciudadanos de una nueva patria, y nos hace aspirar á la mas pura bienandanza. Nos hace ver como un mal todo lo que nos aleja de esto, y como bienes reales todo lo que puede conducirnos á ello; dice anatema contra el mundo, contra este mundo en quien reyna la concupiscencia de la carne, la de los ojos y el orgullo de la vida. Jesucristo dice anatema contra todo esto, porque todo esto contribuye á la depravacion del hombre corrompido por el pecado.

De aquí aquellas máximas [a]: ¡desgraciados los ricos, es decir, los que forman un mérito y honor de serlo! ¡desgraciados los que ponen toda su alegría y consuelo en este mundo! ¡bien aventurados por el contrario los pobres de espíritu y desahogados, los que tienen hambre y sed de justicia, los que sufren por ella, los que son dulces y pacíficos! Haced, nos dice tambien, como los niños, pequeños por la humildad; llevad vuestra cruz; violentaos para el cielo, renunciad á vosotros mis-

[a] Véanse principalmente los capítulos 5, 6 y 7 de San Mateo, que contienen lo que se llama *El sermón de Jesucristo en la montaña*, y que nos ofrecen un compendio del Evangelio, que todo cristiano debiera releer y meditar muy á menudo.

mos. ¡Qué moral! ¿Y quién la habia enseñado á Jesucristo? ¿Es esta la doctrina del hombre? Ella espanta los sentidos, admira la imaginacion, y no obstante, despues de la inclinacion del hombre al pecado, está fundada en razon: ella es espíritu y vida; forma un cómputo admirable, forma sábios en la práctica, sin necesidad de hacerlos pasar por vanas especulaciones.

De aquí procede tambien aquella unidad en el plan, en las miras, en la sabiduría mas que humana, que se halla en los autores sagrados del nuevo testamento. Por groseros que hayan sido á causa de su estado, de su nacimiento y educacion, todos estan de acuerdo en un género de conocimientos y de luces, sobre los cuales tan solo Dios pudo reunirlos é iluminarlos, quiero decir, aquel discernimiento del hombre espiritual y del hombre carnal, del hombre celestial y del hombre terrestre, de la vida interior y de la vida animal y sensual. Los secretos principios de una y otra, las operaciones de la gracia y del espíritu de Dios en nuestras almas, sus efectos, sus consuelos, sus gozos, sus recursos, las virtudes que inspira, tan opuestas á todas las ideas del mundo y tan superiores á los de una vana filosofía, están desarrollados en sus escritos con una presicion admirable y digna de los discípulos de un Señor tan grande, con un tono de sentimiento y de unción que nos mueve y nos afecta mal de nuestro grado, pero que no puede ser bien apreciado, sino por almas verdaderamente rectas y limpias.

El plan de legislacion y de sabiduría que Jesucristo ofrece al hombre y á sus discípulos, no ha menester pasar por esos grados de acrecimiento y perfeccion lentos é insensibles, que se hallan en toda legislacion puramente humana, en todas las obras de los hombres: desde el primer instante tuvo toda la excelencia que debia tener. Ademas está sostenida por todo lo que puede ayudarnos á cumplirla: un Dios presente á cada uno de nosotros y atento á nuestras menores acciones: un Dios que vigila en favor del justo, que permite para su santificacion y para

su felicidad los males que experimenta; que arregla su destino, y hace de todas las criaturas instrumentos y misterios de su voluntad: un Dios Juez y testigo, que discutirá en presencia del universo nuestros pensamientos, nuestras intenciones, nuestros deseos, y que dará á cada uno según sus obras: un Dios que recompensará con una gloria infinita, con una felicidad eterna, al justo que haya vivido para él; pero que, castigando en la misma proporción con penas infinitas, con penas eternas la infracción de sus leyes, ofrece al hombre, siempre presto á violarlas, el contrapeso mas propio para contenerlo: un Dios que da juntamente la lección y el ejemplo; que en la union inefable con la naturaleza divina y con la naturaleza humana, se abaja hasta el hombre para elevar al hombre hasta él; que se pone á nuestro alcance y nada exige de nosotros tan penoso, que su vida y su muerte no nos hayan facilitado: un Dios que á cada momento nos urge con los testimonios resplandecientes de su amor, y que á no ser unos monstruos, obliga á los mas grandes pecadores al arrepentimiento y á los mas duros corazones á la gratitud: un Dios que nos previene, que nos ayuda, que nos sostiene por su gracia, que nos ofrece sacramentos con que nos atrae fuertemente hácia él, al mismo tiempo que hácia nosotros mismos: ¿qué recursos para el cristiano! ¿qué medios, que motivos para huir el vicio! ¿y qué alicientes para la virtud! En los principios y los sistemas de la incredulidad todo está ligado para el mal, todo favorece el desarreglo de nuestras pasiones; en la religion cristiana todo nos ayuda á reprimirlas. ¿Qué sustituirá el incrédulo á socorros tan poderosos? ¿Las leyes?; ellas no tienen su efecto sino sobre los débiles, y quedan sin fuerza contra el crédito y la autoridad; no extienden su imperio mas que sobre lo exterior de nuestras acciones, y no arreglan ni sus principios ni sus motivos; no miran mas que las consecuencias que le siguen, y, no pudiendo nada sobre el corazón, tampoco se remontan á la verdadera causa de que dimanen. ¿El respeto humano?

tiene los mismos inconvenientes; y si á veces impide parecer vicioso, casi nunca impedirá que uno lo sea realmente. ¿El honor? muchas veces es el fruto de las preocupaciones; y según las opiniones recibidas, á veces hablará tan altamente contra la virtud como hubiera debido hablar en favor de ella. ¿La educacion? sus impresiones se borran cuando la religion no la sostiene. ¿Y qué será la misma educacion sino está arreglada por la religion? ¿Un sentimiento interior de lo justo y de lo honesto? ¡Ah! si él nos basta en circunstancias en que la victoria es mas fácil, en que uno es levemente combatido ¡equivale en medio de las tentaciones mas vivas, contra el contagio del ejemplo, y contra la violencia de las pasiones? ¿La filosofía [a]? Ella se acomoda, se presta á todas nuestras inclinaciones; restringe ó relaja sus principios, según conviene á las miras y á los intereses del momento; siempre tiene de reserva para cada ocasion diferente algun sistema nuevo; cuando mas, doma una pasión con otra, y corrige un vicio poniendo en su lugar otro vicio mas peligroso y mas sutil todavía. No, solo la religion ofrece al hombre una regla invariable, un medio siempre pronto, un socorro siempre presente y un contrapeso á su flaqueza, independiente de sus pasiones: solo ella produce interior y constantemente sobre él, aquel efecto que produce sobre el vicioso mismo exteriormente y por intervalos, la

[a] „¡Ah no me habéis de filosofía! yo desprecio esa „gerga engañosa que consiste solo en vanos discursos; ese „fantasma que no es mas que una sombra, que nos excita „á amenazar de lejos las pasiones, y nos deja como „un falso valiente cerca de ellas.”
„¿Quien está mejor sostenido en la virtud, el filósofo „con sus grandes principios, ó el cristiano en su sencillez?” (Rousseau.)

„Desconfiemos, dice en otra parte, de una filosofía „de palabras; desconfiemos de una falsa virtud que mina „todas las virtudes y se aplica á justificar todos los vicios, „para autorizarse á tenerlos todos.”

presencia de un amigo á quien estima y reverencia; ella lo hace atento, lo contiene, lo anima y lo transforma en otro hombre.

„Pero el yugo de la religion es mui penoso; su moral es mui austera; mui grande la violencia que impone; y los deberes que prescribe demasiado rigurosos.“ Es verdad, hijo mio, es penoso su yugo para el que no quiere otro que el de las pasiones, de la independencian y del capricho. Mas el verdadero sábio, que conoce que ha nacido para guiarse por la razon, se reputa feliz por hallar en la religion cristiana un freno para el vicio y socorros para la virtud, que su razon sobradamente flaca no pudiera darle. Pero el cristiano fiel, en este yugo y esta violencia, halla solaces y dulzuras, que valen mucho mas para su felicidad, que todos los pretendidos contentos que traen consigo el libertinage del espíritu y el desarreglo del corazon. Cien veces al dia bendice la ley que lo sujeta: no sofoca por ella las inclinaciones de la naturaleza, como le imputan; las hace legítimas [a]; no se abandona sobre quanto le rodea á una indiferencia ciega y estúpida. Hace mas, arregla su sensibilidad, modera sus deseos, calma su ardor excesivo; y gozando de sí mismo en medio de la regla y del bien estar, halla la paz y la libertad en su sumision y su violencia. Pero en fin, los deberes que el evangelio nos impone, la austeridad de la moral que nos predica tienen una proporcion exacta y necesaria con nuestras inclinaciones y nuestras flaquezas, puesto que solo siguiendo la ley evangélica en todo su rigor, dejamos de ser tan débiles, tan culpables y tan desgraciados.

¿Y qué falta pues que replicar contra la excelencia de la religion cristiana? ¡Oh hijo mio, que no se le impute odio, á despecho de la razon! Opó-

[a] „Todas las falsas religiones combaten la naturaleza; solo la nuestra la sigue y arregla, anuncia una institucion divina y conveniente al hombre.“ (Rousseau, Carta sobre los espectáculos).

nense á la religion las costumbres de la mayor parte de sus hijos y de un crecido número de sus ministros; cómo si unos hijos á quienes reprueba y unas costumbres que condena prevalecieran sobre la santidad de su fe y sobre la pureza de su doctrina! cómo si ministros infieles y perjuros [3] degradaran la verdad hasta en su esencia, la belleza de sus enseñanzas y la dignidad del ministerio que se les confia, solo porque se degradan ellos á sí mismos!

Pero hay mas todavía, y si es menester creer á nuestros incrédulos, el cristianismo ha traído en pos de sí las persecuciones, las guerras, el despotismo y la servidumbre. ¿Las persecuciones? Así lo dicen. ¡Ah! todos los hombres son naturalmente perseguidores, es cierto, porque casi todos los hombres naturalmente son malvados. ¿Pero quienes han sido mas perseguidos que los cristianos por los que no lo eran? ¿quienes se mostraron mas perseguidores que nuestros filósofos siendo los maestros? ¿qué espíritu repugna mas á la persecucion y á la violencia, por su naturaleza misma, que el espíritu del cristianismo? ¿y no es verdad que únicamente cuando se le olvida deja uno de ser indulgente y se vuelve implacable? ¿Las guerras? tambien lo dicen. Pero nacidas con la depravacion del género humano, casi siempre han tenido la misma causa en todas las edades del mundo, la ambicion; y solo para darle un pretexto, los gefes de ellas entre los mismos cristianos han susitado guerras de religion. ¿El despotismo? ¿La servidumbre? Pero ¿cuando los príncipes han sido mas despóticas, cuando los pueblos han sido mas esclavos, que en aquellos siglos y en aquellos países en que el cristianismo no floreció? Aun hoy, que los enemigos de la religion comparan la Europa cristiana con el Africa y el Asia; y que nos digan donde reinan con mas imperio la humanidad, las leyes, las ciencias y las artes, y donde se halla la libertad. Al contrario, el cristianismo es el que con una moral sencilla y magestuosa, uniforme y general, ha contribuido mas [4] á destruir